Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 15

San José, Costa Rica **1926** Sábado 17 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

América vasalla

Por

Joaquín Edwards Bello

=Del tomo *El nacionalismo continental.* Crónicas chilenas. Madrid, 1925.
Con el autor, muy agradecidos por el ejemplar con que nos ha obsequiado y honrado
Alabamos en este libro: las ideas claras, así como la sobriedad y elegancia del buen estilo en que están dichas.=



El odio entre chilenos y peruanos se exacerba en vísperas de un plebiscito que decidirá el asunto de la posesión de Tacna y Arica; toda la sensibilidad americana está en juego con este motivo, y, en cambio, ni una protesta por la enajenación del nitrato, del estaño, de las aduanas, de la fruta, del cobre, de la fuerza eléctrica. Para los que alentamos un ideal de nacionalismo continental, el que esas tierras pertenezcan a Chile o al Perú, no nos conmueve. El estaño, el cobre, el nitrato, la fuerza eléctrica, tienen más importancia que esos secanos. Chile se ha gastado energías y millones para ganar el plebiscito, y, al mismo tiempo, ha entregado el estaño, el cobre y la dirección del nitrato a naciones extranjeras. Las protestas de una minoría han sido estranguladas. Vamos a hacer una revista de hechos para demostrar la calidad de vasalla en que se encuentra nuestra América en el concierto universal.

La primera razón de su debilidad es la manía de aislamiento, defecto fatal, iniciador de la pequeñez general. Por la disciplina, el Norte juntó a su carro de victoria los valores de todas las razas, centuplicando al mismo tiempo la utilidad de los talentos asimilados.

Muchos individuos de origen español, italiano o judío, con apellidos transformados, son, actualmente, tipos representativos del progreso norteamericano.

Es posible que el mismo Edison, de nacer en nuestra América, no pasaría de tener una tienda de bombillas eléctricas.

De individuos parecidos a los que fracasan en el Sur, por inmoralidad o individualismo, exacerbados en la flaqueza colectiva o falta de autoridad, el Norte hace superhombres.

Lo que falta al Sur es moralidad, sentimiento de justicia. La victoria de Lincoln fué victoria de autoridad, de patriotismo y moralidad. Por esto el Norte se transformó en astro, en luminaria, en fuerza centrípeta irresistible.

El Sur consiste en diez y ocho Repúblicas, divididas por postes fronterizos, Aduanas y murallas chinas de prejuicios. Superiores en riqueza, iguales casi en población a Estados Unidos, son la mano de obra del mundo. Con cien años de vida independiente, neutrales en la guerra, continúan mendigando empréstitos y esperando que la civilización vaya a buscarlas. Nada aportan, fuera de las materias primas, a la industria; casi nada a la ciencia.

Actualmente la libertad de las Repúblicas iberoamericanas es una ficción. Nicaragua, como un símbolo, es la *República de Brown Brothers.*

El general Crowder es como un inspector general o prefecto de Policía yanqui en Cuba.

Los norteamericanos han estudiado fríamente nuestra psicología; haciendo el ejercicio mandibular del *chewing gum,* llaman a nuestros países *Banana Republics* o *One horse power countries.* A nosotros nos dicen *mañanas,* por la manía de dilatar orientalmente los negocios. Los pies chicos, como de tanguista, son *cuban feet.*

Roma compró a Grecia y devoró a los bárbaros; el norteamericano, prognato, compra a Europa y devora la América bárbara. Los iberoamericanos, que tenemos mentalidad aparte, como los rusos, sentimos en la guerra de 1914 la revolución europea, el principio del fin del viejo prestigio, y presagiamos nuestra caída en otros brazos.

Veamos el problema desde el punto de vista chileno: el gestor gubernamental, o intermediario entre la riqueza del suelo y el capitalismo, acelera la pérdida de nuestra libertad económica. Los norteamericanos compraron por una miseria el mineral de cobre de Rancagua, uno de los más ricos del mundo. En el acto contrataron siete abogados para defensa de sus intereses. Estos abogados nacionales no tienen sino un trabajo: impedir que el Gobierno ponga impuestos a la exportación del cobre. De esta manera, los norteamericanos hacen ganancias de doscientos o más millones al año. Son dos los minerales de cobre que poseen en Chile: *El Teniente* y *Chuquicamata.*

Si Chile hubiera gravado la exportación del cobre en el momento de la guerra, con un mísero impuesto, no tendría, actualmente, deuda externa. El enriquecimiento personal, de unos ahogados, ha impedido la salvación financiera del país.

Así ocurre en todos los órdenes de cosas. La fuerza eléctrica de Santiago, pasó de manos alemanas a inglesas, como pago de una parte importante de la deuda de guerra. Chile, nación libre y soberana, fué neutral en la guerra de naciones.

Los tranvías, los teléfones, los ferrocarriles, las minas, tienen abogados nacionales para su defensa contra el interés de la sociedad.

El estaño, cuyo control estaba en Chile, hasta hace dos años, pasó a Nueva York. El nitrato ya no es chileno; ahora se pronuncia *naitreit* y es inglés.

El gestor que trasladó a Inglaterra el negocio del nitrato, por miedo a la cuestión obrera, recibió un millón. Ahora la riqueza de Chile está bajo los cañones extranjeros para tranquilidad de los capitalistas pacatos.

Por inverosímil que esto parezca, el segundo proyecto de ese gestor consistía en disminuir, progresivamente, los derechos del nitrato hasta anularlos. Solamente el diario *La Nación* y un periodista de *El Ilustrado*, se levantaron en Santiago contra esta tentativa de traición.

En la nota que hace poco envió a Inglaterra el Gobierno de Estados Unidos, amenazando con tomar represalias por el monopolio de ciertos artículos, se hace inclusión del nitrato chileno en el número de materias primas, cuyos precios fija el comercio británico.

Esta nota, reveladora de nuestra pérdida de soberanía en el negocio básico de la vida chilena, fué dirigida al Imperio británico a principios de noviembre de este año, por míster Herbert Hoover, ministro americano del comercio.

El ferrocarril trasandino, el más caro del mundo, es inglés. Al subir a un tranvía, al hablar por teléfono, al tomar el desayuno, al comprar en una tienda y dar la luz, el chileno contribuye a la vida admirable de un capitalista inglés que toma su té o juega su polo en las Islas británicas; contribuye a pagar el turismo de un yanqui o la vida agradable de un francés.

Harrods, la mayor tienda de Santiago, es inglesa. Las ganaderas de Magallanes están en poder de los ingleses, lo cual es como decir que pagan ínfimos derechos de exportación, porque, naturalmente, tienen abogados con influencia en el Gobierno.

Tal es el momento en Chile. Se nota un despertar de la conciencia, un verdadero estallido popular contra los Judas de la patria, pero su fuerza es aún todopoderosa y tememos que lo sea hasta el momento de estrujar la última gota de la ubre.

En la sociedad santiaguina abundan los ricachos formados a base de tales negocios, unidos sólidamente entre ellos, de tal manera, que no es posible la denuncia ni el castigo.

Si el periodismo, único poder que impresiona al público, no interviniera constamentente y hasta con sacrificio, los vampirescos Judas de la patria habrían realizado ya el traslado a Inglaterra y Estados Unidos de cuantos negocios fructíferos existen en el país. La instalación en toda nuestra América de Bancos extranjeros, o la fusión de los nacionales con extranjeros, es otro vasto escándalo que contribuye a restarnos soberanía.

Si esta es fiel pintura de la situacion de Chile, qué diremos de Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Colombia y otros países de conciencia más amodorrada aún.

En Perú, como en Nicaragua, las aduanas y los correos han pasado a manos extranjeras. Tal es el estado actual de nuestros países frente al mundo, de nuestras Repúblicas, llamadas cachorras de la leona por los conferenciantes majaderos.

Pero no se crea que se trata solamente de influencia financiera. Actualmente, los embajadores del Norte en nuestras Repúblicas, tienen poderes omnímodos, y podrían compararse con los cónsules romanos en Judea o en Trípoli, en la época del imperio. Paralelamente a los mil millones de dólares que han prestado a las *cachorras*, se ha extendido su influencia política.

Una serie de hechos innegables en los últimos años, confirman la tutela del Norte. En los días de un simulacro de movilización chilena contra el Perú, en los períodos más funestos de nuestro desgobierno, el presidente Wilson, que navegaba a bordo de un acorazado en dirección a Francia, envió a la Moneda una nota con caracteres de ultimátum, reprochando ese acto insensato.

A raíz del fallo arbitral de Washington, por un asunto de fronteras entre Panamá y Costa Rica, en que salió favorecido este último país, Panamá entró en gran efervescencia, pero Norte América notificó escuetamente a los panameños que no admitía reparos ni disturbios de ninguna índole a consecuencia del fallo.

En el último período de la presidencia del general Obregón, en México, sus enemigos políticos fomentaron en el Norte del país los fermentos revolucionarios y se lanzaron en la conocida aventura contra la capital, que fué sofocada por el Gobierno de manera rápida y brillante. La clave de esa victoria vertiginosa del general Obregón es, además de su pericia, el apoyo material que recibió de Estados Unidos. Al iniciarse la revolución, el departamento de Estado norteamericano declaró enfáticamente: *We don't want more revolutions in Latin America.* A esta declaración siguió el envío de un numeroso y moderno material de guerra.

Volviendo a los problemas chilenos, diremos que el fallo de Coolidge, respecto a Tacna y Arica, sea cual fuere, tendrá una amplia ratificación basada en el poderío del Norte.

El dólar precede a la política. Así avanza el Norte, sin querer comprometerse en la Sociedad de las Naciones. Como dijo admirablemente el delegado chileno en Ginebra, señor Yáñez:

«Los Estados Unidos no quieren intervenir en Europa, para que, llegado el caso, Europa no pueda intervenir en América».

Esta declaración del delegado chileno, es un resumen. La doctrina Monroe, triunfante con Roosevelt, ha derrotado a Wilson.

La nación americana es bifronte: Wilson para la exportación y Roosevelt en casa. Es claro que Wilson resucitará el día del plebiscito en Tacna y Arica, aunque sea por unas horas, para dar satisfacción al pacifismo de las democracias.

Pero la presencia de las Repúblicas americanas en Ginebra, no puede sino dar ilusorios resultados, mientras no ingresen en esa Asamblea los Estados Unidos.

Wilson es un cheque sin fondos para el espíritu devorador del Norte: su firma no ha sido reconocida en los documentos oficiales por el Senado. Millones de norteamericanos achacan su actitud evangélica, a la parálisis progresiva.

Roosevelt, con sus arrestos de búfalo imperial, es el mejor símbolo del Norte. En Panamá desarrolló una política de Habsburgos. En el Senado declaró con voz tronitosa, mostrando los dientes y dando un puñetazo: «Yo tomé Panamá».

Era de origen holandés, y, sin embargo, ni en Holanda, ni en el Transvaal, antigua colonia holandesa, se ha producido un político semejante. Esto comprueba nuestro parecer, y en años venideros un Emperador yanqui podrá llamarse Pérez.

En otro artículo del mismo libro, titulado Raza chilena, *el Sr. Edwards Bello insiste en estos términos:*

Ausentes de toda parte activa en la guerra de 1914, las Repúblicas iberoamericanas, que debieran tener una situación excepcional por su riqueza y escasa población, están aporreadas, como Portugal, Hungría y Polonia, por la natnral tendencia al vasallaje. Están corroídas por la manía de dejarse succionar por toda clase de Empresas extranjeras. Dondequiera que vamos, tenemos que

pagar tributo al extranjero explotador, defendido por abogados nacionales. Desde las Agencias y prostíbulos, todas las sanguijuelas tienen funcionarios defensores de sus intereses. Subiendo al tranvía, hablando por teléfono o haciendo girar el botón de la luz, damos dinero para Europa.

En las grandes naciones no se gobierna sino para los ciudadanos, especialmente para el bienestar de la clase media. La gente tiene nervio, y patalea cuando atropellan sus intereses. En Francia, los extranjeros son, casi puede decirse, perseguidos, a menos que vivan allá como turistas gastadores; en Francia se han ocupado siempre de la igualdad y bienestar de los ciudadanos: el Gobierno gastó en cinco años 3.000 millones, desde 1914 hasta 1919, para mantener el precio del pan a 60 céntimos; la ópera, el placer, lo bello y agradable de la vida, está al alcance de todos; el obrero normal, la criada, el cochero, el peón, beben media botella de vino en cada comida. En cambio, el pueblo chileno está como excluido de la vida agradable: el alcohol reemplaza para él la imaginación y el recreo; el *roto*, expulsado, corrido, lleno de vicios, cediendo la tierra al extranjero triunfante, es como el desperdicio de una lucha, de una selección violenta y rápida.

Mientras las naciones iberoamericanas no hagan un *block* económico y social contra Europa y Norte América, no sólo no serán libres, sino que tampoco podrán llamarse democracias. Tarde o temprano, nosotros mismos iremos sucumbiendo y formando en la masa de jornaleros, los esclavos de las grandes naciones; en nuestros descendientes, sufriremos el castigo reservado a nuestra insensatez.

El *block* económico nos hará respetables e inexpugnables, dueños de toda nuestra riqueza.

NOTICIA DE LIBROS

El nacionalismo en América

He aquí un libro que me hace insistir en el tema de la amenazada personalidad de la América hispánica, de que traté hace unos días ocupándome del último libro de don Rafael Hernández Usera y de un artículo de don Cayetano Coll Cuchí. Este otro libro se titula *El nacionalismo continental* (crónicas chilenas), y lo firma D. Joaquín Edwards Bello. Junto a trabajos estrictamente políticos, el autor ha reunido en este volumen otros que le acreditan de excelente aguafuertista literario. Algunos cuadros de costumbres, casi siempre con un fondo de preocupación social o nacional, como *La salitrera, El bandido, En el Brasil, El tocador del conventillo*, pueden compararse por la fuerza de la visión y del estilo, en su género, con los mejores de lengua castellana, con cierto sabor de literatura rusa y de alguna imitación española, notablemente mejorada en la forma de Edwards Bello. Un retrato de Vargas Vila, en forma de entrevista, es una pequeña obra maestra de vida y humorismo.

Con algún pormenor sólo quiero ocuparme ahora de la parte específicamente política del libro. Como el título anuncia, los ensayos de Edwards Bello tienden a promover el nacionalismo en América. Pero no de este país o el otro, sino de la América hispánica como unidad, para hacer frente, de una parte, a la influencia absorbente de Europa, y, de otra, al capitalismo no menos absorbente de los Estados Unidos. El autor se hace solidario, al parecer, con las palabras que le dirigió un periodista francés en la Sociedad de Naciones: «¿Cuándo dirán ustedes su secreto? Porque América no puede ser esta gente que viene a hacer zalemas y a buscar relaciones en el gran mundo...» Por lo visto, la diplomacia hispanoamericana, con raras y notorias excepciones, hasta en Ginebra sacrifica el sentimiento de la personalidad histórica de su continente a una sonrisa o a un convite de cualquiera de los viejos lagartos de la política europea. No hay unión ni plan político. Y quien no se deja llevar de una oreja por Francia, se deja tirar de la nariz por Inglaterra. Esta subordinación de los americanos a los europeos merece duros y gráficos zaherimientos de Edwards Bello. Lo mismo en política que en arte. «En cuanto a las obras americanas que pretenden imitar a Europa— dice con frase plástica, — tienen un sabor a carne congelada, huelen a cadáver».

En otra parte dice que «América no es el vergel insólito, el Edén, sino una nueva Europa empequeñecida o, mejor dicho, como una especie de despensa o hacienda de Europa». En otro pasaje del libro, Edwards Bello cree que la grandeza de Europa se debe a no haber imitado a nadie. Este es su error metódico y el de muchos neonacionalistas americanos. Europa imitó la cultura griega y romana, pero ha tratado de superarla. La imitación es inevitable. Los niños pequeños imitan a los mayores y los adolescentes a los adultos. El hombre no puede estar inventando la historia cada mañana. La historia es incorporación y superación incesantes. Lo malo no es imitar, sino detenerse en ese plano de conciencia inmadura. Querer romper con la cultura europea, como pretenden algunos nacionalistas americanos, es sentirse de nuevo candidato al hombre con plumas y taparrabos, en cuerpo y en alma. Lo sensato no es repudiarla, sino sobrepasarla. En ese punto se encontrarán con muchos europeos que tampoco están contentos de la Europa actual.

Edwards Bello se opone igualmente a la acción predatoria del capitalismo extranjero. Es un consuelo oír a un americano un lenguaje tan inequívoco. No piensa nuestro autor, con muy buen sentido, que los norteamericanos sean superiores a los hispanoamericanos por sus virtudes naturales, sino por ciertas cualidades sociales que pueden resumirse en dos: espíritu colectivo y disciplina. Tiene razón al decir que «no es grande Edison, sino Norteamérica; no es grande Ford, sino Norteamérica», y que «es posible que el mismo Edison, de nacer en nuestra América, no pasaría de tener una tienda de bombillas eléctricas». La grandeza norteamericana es puramente cuantitativa, obra de su espíritu de organización y de cierto sentimiento de colectividad; hasta la fecha, por lo menos, no han legado al mundo ninguna idea ni ninguna institución dignas de universalizarse. Wilson, es verdad, creó la Sociedad de Naciones; pero los Estados Unidos han condenado esa obra, y a su autor lo consideran, según recuerda Edwards Bello, como un pobre loco enfermo de parálisis progresiva.

Pero si la América hispánica no imita a los Estados Unidos, uniéndose, defendiendo sus intereses y dejando de dar abogados del diablo, que en este caso es el capitalismo extranjero, sus días como personalidad de cultura están contados. Esta es la conclusión de Edwards Bello. Su capítulo *América vasalla* es uno de los

más documentados y severos alegatos que se han escrito contra la inconsciencia y la venalidad de los «Judas de la patria», como él califica a los abogados a sueldo de Empresas extranjeras. Casi todas son inglesas y norteamericanas. Los tranvías, los teléfonos, los ferrocarriles, el estaño, el nitrato, casi toda la riqueza nacional está en manos extrañas. Entre tanto, chilenos y peruanos se disputan Tacna y Arica. «Para los que alentamos un ideal de nacionalismo continental—escribe Edwards Bello,—el que esas tierras pertenezcan a Chile o al Perú no nos conmueve. El estaño, el cobre, el nitrato, la fuerza eléctrica tienen más importancia que esos secanos. Chile se ha gastado energías y millones para ganar el plebiscito y, al mismo tiempo, ha entregado el estaño, el cobre y la dirección del nitrato a naciones extranjeras». Ciertamente, sin el capital extranjero, toda esa riqueza estaría inexplotada. Pero el capital inglés y norteamericano se la lleva casi íntegra y encima interviene Aduanas y Correos, y en la propia soberanía de esas Repúblicas. Lo natural sería distribuir equitativamente esa riqueza entre las naciones que la tienen en su territorio y las que la explotan. ¿Cómo? Estableciendo un principio de nacionalización, como quiere hacer Méjico, aunque griten los extranjeros—tan nacionalistas en su casa y tan antinacionalistas en la ajena — a quienes les iba, hasta ahora, tan cómodamente. Pero esta nacionalización gradual de las fuentes de la riqueza, este nacionalismo económico, único dique posible al imperialismo del Norte, por muy justos que sean sus fines y sus medios, tropezará con grandes y acaso insalvables obstáculos como no se convierta en un principio político en todo el continente hispanoamericano. Sólo la acción solidaria de todas las naciones hispánicas puede sobreponerse al tono impertinente de ciertas notas y rupturas diplomáticas.

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).

Un mensaje del Presidente de la Liga de las Naciones para América latina

GINEBRA, marzo 8 (1926).—El Presidente electo de la asamblea, señor Alfonso Costa, inmediatamente después de tomar posesión de su puesto, entregó al corresponsal de *La Prensa*, para la América latina, un mensaje especial. Dicho mensaje dice:

«Saludo con entusiasmo a los Estados de la América latina, que en la Liga de las Naciones representan el espíritu democrático y pugnan siempre por una política de principios».

El Diccionario de la Academia Española

Edición de 1925

(Estudio presentado a la Academia Costarricense Correspondiente de la Española, por su socio de número Lic. ALBERTO BRENES CÓRDOBA).

La reciente edición del Diccionario de la Academia Española, que es la décima quinta, señala notabilísimo progreso en esa obra que con laudable perseverancia viene publicando a ciertos intervalos la docta corporación desde 1726, fecha en que vió la luz pública la primera edición llamada «de Autoridades», por hallarse en ella la significación de las palabras apoyada en ejemplos tomados de los clásicos de la lengua.

La obra académica, tildada antes, no sin alguna razón, de demasiado conservadora, se ha modernizado y puéstose a la altura de las mejores que de su clase existen en lenguas extranjeras. El neologismo y los provincialismos de España y de la América Española han encontrado franca acogida, aunque siguiendo en esto prudente orientación como es indispensable en obras de índole semejante, porque no todo lo nuevo que en el campo del idioma aparece es viable, pues suelen ponerse en curso muchos términos y locuciones que sólo tienen efímera existencia; no conviniendo, por lo tanto, sobrecargar el léxico con vocablos y modos de decir que en corto tiempo desaparecen.

Las voces técnicas se han multiplicado en el curso del Diccionario en obediencia al criterio que la Academia sustenta desde que publicó la duodécima edición, en cuyo prólogo o advertencia expresó como motivo del aumento habido al respecto, el ser mayor cada día la difusión de los conocimientos más elevados, y la circunstancia de que, como las Bellas Letras contemporáneas propenden a ostentar erudición científica en símbolos, metáforas y todo linaje de figuras, se emplean hoy a menudo palabras técnicas en el habla común.

Tocante a la etimología de las palabras, muy sensible es la mejora realizada en las últimas ediciones. Los nuevos materiales acumulados mediante solícita e inteligente labor, han permitido ir llenando los vacíos y rectificando los errores que anteriormente se notaban. Lo que fué en un principio tímido y vacilante ensayo acerca de la procedencia de los términos del habla castellana, ha venido a ser un trabajo sólido y extenso. Y para llegar a tal resultado las dificultades eran verdaderamente considerables debido a la complejidad de los elementos que han entrado en la formación de la lengua, dado que la península hispana fué residencia durante varias centurias de extraños pueblos y especialmente del árabe que permaneció allí por espacio de ocho siglos, pueblos que inocularon en la contextura del romance apenas desprendido de la rústica latinidad que le diera el sér, no pocas de sus palabras; a lo que se ha agregado la entrada de muchas otras de origen indio a formar parte del caudal de la lengua a causa de la expansión de la misma en estas regiones del Nuevo Mundo.

Sin embargo, es oportuno señalar como circunstancia favorable al reconocimiento del origen de las voces, la de que el castellano ha variado muy poco en su forma gráfica debido a que la pronunciación ha experimentado escasas modificaciones. Vemos así, por ejemplo, que a la palabra «agua» fácilmente se le encuentra su origen por ser casi idéntica a la latina *aqua*, designativa de aquel elemento; lo que no acontece en otras lenguas, como la francesa, que a causa de las muchas variaciones de pronunciación es muy difícil a veces reconocer la voz originaria. ¿Quién puede, en efecto, descubrir a primera vista que *eau* (cuya pronunciación se reduce al simple sonido *o)* no es otra cosa que el indicado término *aqua?* Y no obstante, así es; mas para alcanzar semejante conocimiento se requiere seguir en el curso de varios siglos las sucesivas transformaciones de la pronunciación: «agwa», «aigwa», «eiwe», «ewe», «eaou», «edou», y otras más hasta llegar a la forma actual.

En esta parte de la lingüística preciso es proceder con mucha cautela para no caer en los extravíos a que con facilidad conduce la imaginación, pues con algunos conocimientos que se tengan en lenguas extranjeras y un poco de ingenio para descubrir semejanzas, se pueden forjar con la mejor buena fe falsas etimologías: engaño del cual son las primeras víctimas sus mismos autores, quienes a causa de un fenómeno de autosugestión, llegan a creer en la realidad de sus propias fantasías.

Por lo regular, casi sólo respecto a aquellas palabras que tienen origen en el latín o el griego, hay buena base para sentar acertadas conclusiones, tanto por ser lenguas de que se tienen conocimientos sólidos y extensos desde hace muchísimo tiempo, como porque las leyes de derivación que de ellas se desprenden relativamente a las lenguas romances, son bien sabidas.

Tocante a las lenguas orientales, a pesar de que después de los admirables trabajos de Bopp, especialmente en su *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, y de las investigaciones de Eichhoff, Grimm, Pott, Burnouf y tantos otros eruditos orientalistas, se han ensanchado de manera notable los conocimientos científicos de tales lenguas, sobre todo, en cuanto al sánscrito se refiere, no se ha llegado todavía al descubrimiento de relaciones que marquen con certeza la filiación de voces europeas

que posiblemente han tenido procedencia oriental.

Sólo cuando la raíz o radical de las palabras originarias—que Max Müller define «como todo lo que en una lengua o familia de lenguas no puede reducirse a una forma más simple o más primitiva»—es susceptible de ser distinguida en su paso a las modernas, existe seguridad, o por lo menos acentuadas probabilidades de acierto, para establecer el origen de un vocablo. Así, verbigracia, la radical sánscrita *ar*, labrar la tierra, es claramente distinguible y forma el elemento básico del término latino *ar-are*, el cual a su vez ha originado el español «arar», en que igualmente persiste la primitiva raíz, tanto en su forma material como en su significado.

Mejora muy notable adviértese en cuanto a las definiciones que de las voces del idioma en el léxico académico se registran, pues hay por lo regular bastante claridad y precisión en los conceptos, de modo que es fácil tener idea cabal de la cosa definida, siendo marcada la tendencia a colocarse dentro de la exactitud científica, cuando la especie lo permite, como puede verse en los siguientes ejemplos tomados al acaso.

Estrella.—Cada uno de los innumerables cuerpos que brillan en la bóveda celeste, a excepción del Sol y la Luna.

En otra edición se decía:... «a excepción del Sol, la Luna y los cometas». Ahora se ha suprimido esto último acertadamente, porque los cometas son *estrellas errantes*.

Miope.—adj. Que por exceso de refracción de la luz en el ojo, necesita aproximarse mucho a los objetos para verlos. Úsase también como substantivo.

Murciélago.—Mamífero del orden de los carniceros, parecido al ratón en el color, pelaje y forma del cuerpo y cabeza, pero con los dedos de las manos sumamente largos y unidos por una membrana que además se extiende desde el cuello hasta las patas y la cola y le permite volar. Se mantiene de insectos, es nocturno y durante el invierno vive aletargado y oculto en los sitios más obscuros. Hay diversas especies.

Triquina.—Helminto de cerca de un milímetro de largo, que vive en el interior de los músculos de los animales vertebrados y se trasmite de unos a otros por la vía digestiva.

La práctica de dar ejemplos para fijar mejor el sentido de las palabras particularmente respecto a las varias acepciones en que son susceptibles de ser tomadas, es muy recomendable, porque las simples explicaciones abstractas suelen dejar al lector incierto o insuficientemente ilustrado acerca de la especie de que se trata. Mas mediante el ejemplo, a la par que se aclara y vivifica la idea, ésta se grava con más fuerza en la memoria.

La Academia hace uso de los ejemplos, si bien con cierta parsimonia, acaso en el deseo de no abultar demasiado el libro. Pero el asunto vale la pena de ser atendido con más cuidado aun a trueque de sobrepasar los límites que se acostumbra señalar al Diccionario. Por otra parte, bien pudieran suprimirse—como se hizo a partir de la edición de 1869 con las llamadas «correspondencias latinas» por haberse reconocido que eran de escasa utilidad—los numerosos términos de la germanía que en él figuran, sin provecho para nadie; siendo ésta, por otra parte, materia extraña a la lengua española propiamente tal, la que, lejos de ganar, más bien pierde con la introducción en su estructura, de voces de la jerga usada por gitanos y malhechores.

En los últimos tiempos, la Academia, más condescendiente con las nuevas palabras, que lo fuera antes, ha dado acogida a muchas de ellas que a pesar de no tener en su abono el uso de largos años, son de frecuente empleo en la conversación, el periódico y hasta en el libro. Así, encuéntranse ya en el Diccionario las referentes a la aviación, al automovilismo, a los deportes, a la telegrafía sin hilos, a la sueroterapia, y a otras invenciones, ejercicios o descubrimientos de reciente data.

También aparecen allí, entre multitud de otros términos que anteriormente estaban distanciados de los que tenían el sello de la legitimidad, *apache*, (bandido o salteador en poblado); *azucarera* (vaso para poner azúcar. Antes sólo se registraba la forma masculina «azucarero»); *chile* (ají, pimiento); *devenir* (llegar a ser); *estadía* (estancia, permanencia en alguna parte); *indino* (pícaro); *jalar* (tirar, atraer); *jarana* (trampa, engaño; y sus derivados «jaranear» y «jaranero»); *juma* (borrachera); *mobiliario* (como adjetivo en el sentido de «cosa mueble»; y como sustantivo, de «mueblaje»); *nicaragüense*. (También se registra *nicaragüeño*, pero esta forma de gentilicio es casi desconocida en América); *policía* (por agente de policía); *pastizal* (terreno de abundante pasto para caballerías); *pulpería* (abacería o tienda de abastos); *pulpero* (el que tiene pulpería); *poscafé* (licor o licores que suelen servirse con el café después de las comidas); *rotativa* (máquina de imprimir a gran velocidad); *trole* (larga pértiga del tranvía eléctrico); *tupé* (atrevimiento, desfachatez); *turismo* (afición a los viajes por recreo, y *turista* el que los emprende) etc. etc.

Tienen asimismo carta de naturaleza no pocos galicismos, como el *cerca de* tan criticado por Larra y por Baralt, usado en el lenguaje diplomático para significar que una persona está acreditada con tal carácter ante cierto gobierno, verbigracia: «ministro plenipotenciario *cerca de* S. M. Católica».

Pero una cosa que particularmente nos debe interesar a los hispanoamericanos, es el haberse admitido en el léxico a que estas líneas se refieren, multitud de palabras procedentes de estas tierras; innovación que muestra el creciente interés con que en la Península se mira cada día cuanto concierne a la América Española.

Concretándonos a lo que a nosotros los costarricenses atañe, haremos constar que allí aparecen como propias de Costa Rica en su único significado, o en determinada acepción nada más, las 33 palabras siguientes:

Ahuizote.—En el sentido de *agüero, brujería*, que es como en efecto aquí se usa el vocablo entre la gente del pueblo.

Dice la Academia que así se llama un anfibio de Méjico que aun no ha sido clasificado científicamente y que, según creencia vulgar, es animal maléfico. Le da a esa palabra por etimología el nombre de *Ahuizotl*, 8° rey de Méjico, que fué sanguinario y cruel.

En el *Diccionario de costarriqueñismos* de Gagini se expresa que *ahuizote* es voz azteca que se aplica a una especie de perro de agua que en el sentir popular es muy cruel con sus víctimas; y que quizá por eso se llamó *Ahuizotl* uno de los reyes de Méjico, célebre por sus crueldades.

Pero sea que la palabra común provenga del nombre de tal rey, o que el nombre de éste fuese originado por el del animal en referencia, lo que parece fuera de duda es que viene del mejicano indígena, como lo indica la sílaba terminal *otl* comunísima en la lengua de los antiguos pobladores de Méjico, y la cual encontramos en muchas voces significativas de plantas, animales o cosas de nuestra tierra con el simple cambio de la *l* en *e* para acomodar las palabras a la pronunciación española, como puede verse en *achiote, apasote, jocote, olote, pizote* y otros muchos términos de indudable filiación indígena.

Lo mismo pasa con diversas voces criollas terminadas en *ate* (mejicano *atl*), como *aguacate, mecate, petate, tomate*.

La circunstancia de aparecer entre nuestros provincialismos tantos de origen azteca, sería bastante por sí sola, si datos históricos no lo revelasen, para sentar que el poderoso imperio mejicano extendió sus ramas y su influencia, allá en época remota, por estas regiones de la América Central.

Arrodajarse.—La primera definición dada por la Academia a ese vocablo es la que aparece en la edición de 1884, y dice así: «*Arrodajarse*. r. Cost. Ric. Sentarse en el suelo». Mas por no ser esa fórmula lo suficientemente explícita, ahora ha sido cambiada por esta otra: «Sentarse con las piernas cruzadas al estilo de los orientales».

Ese verbo *arrodajarse* se ha originado del sustantivo *rodaja*, debido a que al sentarse la persona en tal posición, cruza las piernas en forma de «rodaja» o rosca.

Barbacoa.—Es voz de origen americano: tiene varias acepciones, pero nosotros únicamente la usamos en el significado de «emparrado o armazón sobre el que se extienden las plantas enredaderas».

En otras partes suele decirse *barbacuá*.

Camarón. Como palabra costarricense aparece en el sentido de «propina o gratificación».

Campirano. Patán, rústico, consigna la Academia; pero también a veces se emplea ese término aquí como sinónimo de «campesino» en sentido despectivo.

Canfín. Desde hace bastante tiempo está muy extendido en nuestro país eso de llamar *canfín* al petróleo. La Academia da como etimología del vocablo, el inglés *candle fine*, habiendo tomado tal especie del Diccionario de Gagini, del que se ha servido para escribir casi todo lo relativo a nuestros provincialismos, como se advierte cotejando los textos.

Explicando Gagini su etimología dice que *canfín* es traducción libre de la marca que venía sobre las cajas de petróleo: *candle fine.* Mas esto es inverosímil: el origen de la palabra puede explicarse más satisfactoriamente, como sigue: *Camphene* (cuya pronunciación es «canfin»), es el nombre comercial dado en Inglaterra y Estados Unidos, a la esencia de trementina que antes de que se generalizase el uso del petróleo en el alumbrado, se empleaba en lo mismo. La circunstancia de importarse al país esos productos industriales, de pueblos de lengua inglesa, la semejanza de ambos y la identidad del empleo que de ellos se ha hecho en la producción de luz en las lámparas, sirven para dar fácilmente a comprender el error de haber seguido llamando al petróleo con el nompre inglés del otro líquido.

El Diccionario de Wébster registra los siguientes datos: «*Cam'phene.* (Contracción de *camphogen*). (Química). Aceite puro de trementina, que se compone de ocho partes de hidrógeno y diez de carbono. Úsase para quemar en lámparas, y es el común disolvente de los barnices. (Algunas veces se escribe *camphine*»).

(Concluirá en la próxima entrega).

Pastorela

XVII

En la tierra hay un hálito de amor y de fragancia;
fuertes aromas acres despiden las cañadas;
y la naturaleza palpita, sufre y ama
como el corazón de una mujer enamorada.

En la solana duerme con resollar isócrono
un galgo adolecido, y en el cauce limoso
de la presa, tres bueyes cansinos y ardorosos
al beber tejen hilos de plata temblorosos.

Es una abuela grave, doctoral y benévola
que hace danzar el huso de nogal; su cabeza
es más blanca que el lino que devana; hay en ella
como un halo eucarístico de blancura sin mengua.

Cuelga de su cintura un manojo de llaves
antiguas, cuyo ritmo fugitivo se esparce
por las habitaciones con ruido indescifrable
como campanas lúgubres que a la sordina tañen.

Y es una nieta rubia en cuyos ojos tiemblan
dos pedazos de cielo de un azul de turquesa,
y en sus mejillas rojas hay rubores que incendian
y sus crenchas son como espigas que el sol tuesta.

Mientras el huso danza rítmicamente, el agua
de la acequia parece que haya perdido su alma
cristalina. La abuela trémula y encorvada
esta salmodia dice que más es una cántiga:

—Ya mis manos tremantes la partida presienten;
mis pupilas son lámparas cuya lumbre fenece;
rapaza, piensa siempre que el amor es dolor...
Y la nieta humildosa responde dulcemente
—Alabado sea Dios!

—El frío de la tarde da experiencia, chiquilla,
y el frío de la tarde apaga nuestra vida;
ser ingenua y humilde es la triunfal consigna
y que en nós se perciba la voz del corazón...
y la nieta humildosa balbuce entristecida:
—Alabado sea Dios!

Bajo la fina cofia sus cabellos de plata
son cual bien eucarístico sobre su frente blanca.
La nieta diligente el albo lino espada
mientras la abuela sigue su interrumpida fabla:

—¿Quién no teje en la vida su propia desventura?
Haré de estas madejas una tela que cubra
mi cuerpo cuando muera, tengo frialdad de bruma...
Es la tarde. El paisaje doliente se apenumbra.
Un sueño la abuelita descabeza, y al són
agónico del huso la rapaza murmura:
—Alabado sea Dios!

Duerme la abuela. Tiene la tarde luz ambigua
como acuarelas viejas que en un rincón se olvidan.
La nieta calla y piensa en la voz sibilina
de la abuela que tiene temblores que intimidan:
«Al nacer hilan lentos nuestras precarias vidas
dos hilanderos ágiles: el Amor y el Dolor...»
Un zagal pasa cerca de la cancela, anima
con voces su rebaño y abstraído musita:
—La vieja es un dolor
y es la niña un amor.

Es noche. En los caminos se oyen voces confusas,
son voces de pastoras que han perdido su ruta;
en la sombra naufragan las cosas, y se esfuman
de la abuela y la niña las siluetas obscuras,
y el galgo en el silencio medrosamente aúlla
a una visión errante que por su lado cruza.

EDMUNDO VELÁSQUEZ

San José. Costa Rica.

Rebelión

Dolor, yo me rebelo contra ti, me rebelo.
¡No es verdad que tu mano de hueso lleva al Cielo!
Tu diente nos hostiga, tu mano latiguea,
abres la llaga viva con tu incendiaria tea,
y después que bebemos tu trago de tormento
¡somos ante la Vida una bandera al viento!
Náufragos de la pena, heridos y maltrechos,
inservibles enfermos que gimen en sus lechos.
Eres fruta de muerte, sombra negra y maldita,
¡mentira que tu sello da la paz infinita!
Que todos los que muerdes—vampiros taciturnos—
lloran ante la vida sus éxtasis nocturnos,
y apenas para algunos logras ser esa lanza
que lleva nuestro orgullo tras lo que no se alcanza.

Dolor, yo me rebelo contra ti, ¡me rebelo!
En la pura alegría, si gozamos del cielo,
huyo de tus cipreses, de tus ropas sombrías
y de tus noches negras y de tus manos frías.
Y cuando sea el tiempo de recibir tu abrazo
¡no he de ser una espiga vencida en tu regazo!
Una por una, todas tus saetas de fuego
ha de volverte mi alma, mas no en forma de ruego,
ni siquiera de queja, ni siquiera de llanto,
¡sino de grito agudo que se enrojece en canto!

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires)

Crónica retrasada

Pensé escribir y publicar ésta a modo de crónica a raíz de la celebración a que se refiere, pero mi mala salud de entonces me quitó todo ánimo de trabajo; aunque tarde, publico ahora estas líneas como un homenaje de mi sincera estimación por la Escuela Normal.—J. A. F.

Por

JUSTO A. FACIO



EL día 12 del mes de diciembre último, a las ocho de la noche, se efectuó en la Escuela Normal de Costa Rica, en la ciudad de Heredia instalada, el acto académico con el cual el noble instituto tiene por sistema clausurar sus labores anuales. Asistí a la solemne festividad; pero afirmo que no asistí por excepción: soy fiel devoto de la Escuela y acostumbro asociarme, con el más vivo interés, a los actos de su liturgia docente, de donde saco el espíritu reconfortado por el tónico de la confianza que inspira el porvenir del terruño, en cuanto él es la obra consciente de los educadores.

La excelencia de la labor educadora que la Escuela lleva a cabo proviene, en primer lugar, de que allí el alumno es cuidadosamente preparado para ejercer, cuando maestro, todas aquellas funciones cuya práctica promueve la creación de actividades generosas y útiles en el seno del vecindario a que sirve, y, en segundo lugar, de que también se forma allí en la psicología del alumno una conciencia vigorosa de los deberes trascendentales que corresponden a la elevada condición de maestro,—esa conciencia esclarecida y fuerte que en algunos suele despertar el fervoroso proselitismo de los apóstoles. Es lo que corrientemente llamamos espíritu de cuerpo.

No señalo como sujeto de desestima aquella obra de la educación que pone al alcance del alumno los instrumentos necesarios para realizar una sistemática labor de cultura en cualquier zona de trabajo a que lo atraigan sus preferencias, sus obligaciones didácticas o los empeños de extensión escolar en que se interese, inspirado por una comprensión amplia de sus funciones sociales. Parece superfluo convenir en este punto con las gentes poco enteradas, tal vez, que de toda la educación, conjunto variado y armónico, sólo aciertan a ver la superficie en que se reflejan los conocimientos, en no pocas ocasiones sólo al través de una verbalización mecánica. Observemos, por otra parte, que precisamente el sentimiento de una noble causa, tal como ésta de la educación, aguijonea el anhelo de armarse convenientemente para llegar a ser dignos servidores suyos. Nada excusaría, por consiguiente, descuido que consistiera en permitir que, dentro de sus naturales límites, los estudios normalistas fuesen incompletos o careciesen de solidez.

Así, con un contingente de oportunos conocimientos, acomodados a los fines puramente instructivos, forma la Escuela Normal en sus bancos al preceptor que persigue «las tinieblas de la ignorancia»; en frase menos retórica, pero más accesible a la comprensión general, que destruye el analfabetismo; pero sabe también la Escuela Normal que eso es tan sólo una parte mínima, un elemento primario, de la sagrada tarea docente y por eso crea en el preceptor, a la par, el espíritu apostólico del maestro, a quien incumbe acometer esa obra de comprensiva civilización que abarca un conjunto de realizaciones concernientes a las legítimas necesidades de la materia, a los superiores reclamos del espíritu y a una generosa vida de relación. Para emprender esas actividades reciben excelente preparación en la Escuela Normal los jóvenes que, al salir de ella, asumen con valentía el apostolado de la enseñanza.

En silencioso apartamiento labora la Escuela Normal por resolver convenientemente los problemas relacionados con actividades y fines inherentes a su instituto; ese trabajo, obra de inteligencia, de saber y de discreción, está presidido allí por el concepto de patria; en la Escuela Normal el concepto de patria preside siempre desde lo alto, como una suave luz, las labores de alumnos y maestros: los observadores conscientes vemos en ese noble tráfago como una ascensión de conciencias hacia la altura en donde se esboza la imagen de un ideal cuya posesión es incentivo de ánimos superiores.

Reflejo de este fenómeno es la ceremonia a que hube de referirme al principio, o sea, el acto de clausura con que la Escuela Normal ata, como con un lazo de cinta rosa, el escriño donde queda religiosamente depositado el proceso de actividades pertenecientes al curso que termina. Discretamente iluminado, el sencillo y, a la vez, elegante salón de la Escuela producía la impresión de un templo en que no se siente uno sobrecogido por los terrores de lo ignoto. Inicióse el programa de la fiesta con la reproducción de un cuadro en que Pestalozzi comparece rodeado de discípulos cuyo rostro denota la dulce atracción sobre ellos ejercida por la enseñanza palpitante del maestro; siguiéronse a ese cuadro simbólico, de una ideología clásica, muy en armonía, sin embargo, con los propósitos de la Escuela, las ejecuciones de música con que se comunica amenidad a fiestas de esa índole, que son también fiestas de arte; cambiáronse palabras de cariñosa despedida entre los alumnos graduados y los que aun han de permanecer en la Escuela; el público, emocionado, se asoció con la más vibrante simpatía a la ceremonia en que a los alumnos graduados se les hizo entrega de sus diplomas. Pero la nota sobresaliente de tan interesante velada fué sin duda, por lo elocuente, por lo elevado, por lo connotativo, el discurso pronunciado a lo último por el Director de la Escuela don Omar Dengo.

El gran público ha escuchado a Omar Dengo en distintas oportunidades y ha sentido, por consiguiente, la fascinación de su brillante dialéctica; dialéctica, sí: esta es la palabra que en el caso presente con todo rigor debo emplear, porque si siempre tiene a mano ricos peplos en que envolver la figura gentil de sus concepciones, también es así que en la oratoria del joven profesor, a la belleza del estilo se aúna el ordenado empuje de los razonamientos, los cuales avanzan gallardamente, como elegantes y bien enjaezados corceles, dispuestos en escuadrón: digo con esto que la elocuencia de Omar Dengo es esencialmente conceptuosa.

En discursos anteriores el orador ha empleado su palabra en dar a conocer la ardua labor de la Escuela durante el curso: nunca lo vimos entregado a laudatorias consideraciones; muy al contrario, fué siempre su costumbre decir en esos momentos, solemnes por muchos motivos, las limitaciones y deficiencias de que, a su juicio, adolecía la labor realizada; podía creerse con razón que ese pesimismo fuese resultado del contraste entre el fruto cosechado por la Escuela y lo que su esperanza le prometía o una risueña ilusión le hacía concebir: de un modo u otro, siempre resplandecía una viril y honrada sinceridad en esa áspera actitud.

Muy otro fué el tema explotado en el discurso a que ahora me re-

fiero: hizo en éste el Director de la Escuela una sintética exposición de lo que en punto a cualidades, o, quizás, defectos, constituía, a su parecer, lo que en cada graduado de esa noche era esencialmente característico: esa exposición supone un estudio, y ese estudio, un conocimiento que sólo ha podido obtenerse mediante inteligente y sostenida observación del alumno; en el conocimiento del alumno descansa el trabajo que tiende a encauzar hacia un buen norte las disposiciones congénitas. Se nota en eso que se tiene allí el cuidado de desenvolver sanas influencias en torno al alumno, lo que acredita una comprensión justa de lo que educativamente importa el arte de sugerir; ese cuidado se corresponde con el principio según el cual existe en la idiosincrasia del joven una predisposición vehemente a recibir las sugestiones de que se le rodea. El quid está en que la sugestión sea siempre noble y bien encaminada, como lo es sin duda en la Escuela Normal.

Ya se deja ver el educador en quien así se preocupa por penetrar, antorcha en mano, en el alma de sus discípulos, en esa alma que si ya tiene difusas claridades de aurora, aun no ha salido completamente de la penumbra. No dejaba de ser peligroso descorrer el velo que encubre la esfinge interior de los jóvenes ante un público, si animado de simpatía, en su mayor parte, profano. Así y todo, el Director de la Escuela hizo desfilar a nuestros ojos la personalidad incipiente de cada alumno graduado al resplandor de cualidad que le era inherente y que, hasta cierto punto, ya le imprimía carácter; discretamente analizada, esa cualidad, que no siempre era expresión de una entelequia, podía convertirse, según la aplicación que se le diese, en útil instrumento de trabajo educativo,—tal fué la teoría que el Director de la Escuela sostuvo esa noche al analizar ciertas peculiaridades de sus discípulos allí presentes.

Su propósito pudo haber lastimado algún sentimiento; pero no fué así; porque siempre acertó a esquivar con tacto exquisito los escollos que el propio atrevimiento de su filosofía le creaba. De ese modo, los jóvenes han salido de la velada, seguramente, animados por la persuasión confortadora de que cada uno de ellos llevaba en su propio carácter un poderoso elemento de servicio y de triunfo en la brega para que había sido armado. La teoría altamente filosófica del educador que hoy tiene a su cargo la Escuela trajo a mi memoria aquella noche las siguientes palabras de Emilio Zola: «No hay hombre colérico, no hay hombre avaro, no hay hombre mentiroso, ni glotón, ni perezoso, ni envidioso, ni orgulloso: sólo hay hombres en quienes no hemos sabido dirigir las fuerzas interiores, las energías desarregladas, las necesidades de acción, de lucha, de victoria».

San José, a 1.º de marzo de 1926.

Plegaria

(Por el alma de Alajuela, adolorida por la catástrofe del Virilla).

—Vaya esto, con cariño, para el Instituto de Alajuela.—

¡Señor, Señor, por las espinas
y por los clavos,
por las monedas que te vendieron,
por las heridas que te infirieron
y por las llagas de tus costados:
Paz a mi pueblo.

¿Por qué a mi tribu dejó tu mano,
que no te adula, pero que te honra
con su desprecio por los lararios?
Quo vadis, domine?
Torna la vista sobre las almas
adoloridas en horas trágicas.
Torna un recuerdo sobre el Calvario
donde una Madre regó sus lágrimas.
Desde el abismo claman los muertos:
¡Paz a mis hijos! ¡Paz a mi hermano!
¡Paz a mi madre!
Y el eco triste de las montañas
clama lloroso:
¡Oídles, Padre!
Quo vadis, domine?
¿Y Tú, qué haces?
¿Es que a mi hermano quieres dejarlo
sobre las cruces siempre enclavado?

¡Si ya son tantas nuestras desgracias
—en una sola congestionadas—
que de los riscos lágrimas bajan
y ayes ambulan por la llanada!
Que el aire, mustio, ya no resbala
cantando amores a la retama;
sobre los muertos quedóse estático
—que no comprende tragedia tanta.—

Quo vadis, domine?
¿Y Tú, qué haces?
¡Ay! por los duelos de tantas madres,
por tanto mártir, por tanta lágrima!
Unge a mi pueblo Bálsamo Santo:
la Paz del alma.

Tito Livio Solera

Turrialba, Marzo de 1926.

Saña y candor

Sobretarde sofocante. Es el mes de las quemas. Una enorme ceja de montaña virgen arde durante cuatro horas, crepitando, rugiendo como fiera acorralada. Alucinantes lenguas de fuego devoran los árboles casi centenarios, distendiéndose, recogiéndose a ratos como para saltar sobre una presa. Densas columnas de humo de un gris metálico unidas a las llamas del color del minio unas veces y otras de un rojo vivo con filetes verde claro que se complican en tonos lívidos, dan la sensación de un cromo infernal. Huyen zumbando los tábanos con un sordo ruido de pesadilla; los animales monteses escapan en rápidos saltos y una nube de pájaros se alza con vuelo presuroso. Un golpe de viento veraniego, de esos vientos intermitentes que nos refrescan del calor de la estación, sopla con fuerza sobre la extensión asolada, aventando al aire las cenizas que el sol ponentino ilumina de pronto semejando una fuga de estrellas.

Cerca a la vivienda pajiza, huyendo de la muerte segura, un culebra enroscada, de oscuros anillos, acecha a un pájaro que modula una escala armoniosa de trinos. El pájaro da a los aires su canto deleitoso como consciente de su misión, sabedor acaso de que es necesario cumplir el fin para que ha sido creado. De pronto cesan sus arpegios y cae volando trabajosamente cerca de la culebra que salta segura sobre el animalillo indefenso.

Haciendo deducciones, mi espíritu sensible se ha enredado en una suerte de consideraciones ante el instinto sangriento de la culebra y la debilidad de esta avecilla inofensiva, que recreó mi alma por unos instantes con sus melodías inimitables, y pensé en los pájaros, la música delicada de la naturaleza, que son perseguidos con saña hasta por los humanos, cazados para adorno de la moda, esclavizados en jaulas doradas en donde enmudecen y suspiran por la libertad del campo, y ante estas crueldades de la vida, bajo la influencia de las realidades ambientes y acostumbrada a ver los hechos al través de un prisma sombrío, repentinamente, por yo no sé qué mágico optimismo, se me clavó la espada de la fe en el corazón, una fe luminosa de mejores tiempos, en que las ideas de bien y de bondad presidirán sobre todas las injusticias del mundo.

Blanca Milanés

San José, Costa Rica.
Marzo, 1926.

Cervantes

«Sólo al genio es dado escribir con gracia».



Según D. Juan de Jáurigui. *Marco plateresco del Sr.* José Prado Norniella.

Sol de primera magnitud, a quien la distancia, en el tiempo, hace aparecer más alto y más harmonioso y cuya elevación en el horizonte de los siglos y de la gloria hace retroceder, en su carro de sombras, la noche que envuelve la infancia de su genio.

Los grandes creadores serán siempre identificados con los protagonistas de sus obras: Don Quijote es para nosotros Cervantes. Ambos se confunden en una sola persona. El uno actúa, el otro habla y escribe. ¿Qué importan los años de cautiverio en Algeria, las campañas y aventuras del soldado, la dura e ingrata labor del manco de Lepanto?

Se sabe que Don Quijote es erudito a la vez que soldado: por eso hace de este último el mejor de los elogios. Soldado fué y soldado permanece bajo su disciplina cristiana y romanesca.

Es por ello que conoce los encuentros imprevistos del camino real, las hosterías peligrosas, las siestas a la sombra de los roblares, las fiestas de los comediantes nómadas, los penitentes, los peregrinos, la hospitalidad de los grandes señores y la sonrisa de la aurora que ilumina los paisajes de Oriente.

Que Cervantes haya escrito poemas, comedias y novelas, ¿quién, si no los curiosos, se preocupan de ello, puesto que el maravilloso romance que se llama Don Quijote, resume, al igual de moderna Odisea, el poema, la novela, la comedia y la égloga; todos los aspectos de la vida que centellea por mil facetas diferentes?

Don Quijote ha resistido todas las pruebas del tiempo, las de la moda y la literatura. Ha escapado a los peligros de la intriga y del academismo, al ridículo de los monumentos oficiales y de la retórica. Se ha librado del lazo que la adulación de las generaciones le ha tendido.

La admiración devota no lo ha hecho ídolo, ni lo ha consagrado. El Caballero Andante responde al llamamiento de quien quiera: ahí está, delgado y amarillo como un arenque, con su armadura de cintas verdes, como Alcesto, la lanza junto al ación de su rocinante.

Su delgadez de cigarra se dibuja en el horizonte gris y siguiendo sus huellas, tal una sombra, cabalga Sancho en su asno; con su risa pesada y su vientre lleno de nueces y de proverbios.

A la edad en que otros se retiran podría vivir en la paz de su pequeño dominio, cultivar su jardín y su viña, dirigir una modesta quinta, en la compañía de una criada hosca y de una modesta sobrina. Sus amigos, el cura y el barbero, los eruditos del lugar, vendrían a conversar con él en las tardes; y tendría, además, una biblioteca. Pero, a la comodidad prefirió la pobreza heroica, y a los romances, cuyas vivas imágenes alegran la tranquilidad de una morada, prefirió una vida azarosa.

No lloró al saber quemados sus libros, sus maliciosos hechiceros Se armó para defender a los débiles, a los desgraciados, a los oprimidos; para servir a la virtud y a la belleza.

Ha expresado su desprecio por los que siempre están con el vencedor. Adalid de la justicia, sin par de todas las virtudes, enderezador de entuertos, apóstol de la lealtad y de la caballerosidad, soldado del ideal. Ha hecho voto de pobreza, de silencio y de fidelidad. Es fiel a su patria, a su vida, y a su fe cristiana. Es el caballero cristiano en persona. Ataca los molinos de viento, los rebaños de corderos y de puercos, los remeros, atropella a los devotos, liberta a los forzados y asesina a los malandrines.

Los golpes llueven sobre su persona, es vapuleado por muleteros y por lacayos, se mofan de él los grandes señores, lo insultan aquellos a quienes ha libertado, es motivo de sorpresa, de desorden y de escándalo por su gravedad, por su seriedad inalterable y por la convicción que alienta la loca y estoica disciplina que le ha inspirado el romance.

El éxito no es el secreto, ni el fin de sus empresas.

Avanza, grande entre las humillaciones y noblemente humano entre el sarcasmo y las burlas, obedeciendo sólo a los dictados de su alma sensible y de su corazón generoso.

Cuando los pacíficos pastores se extrañan al ver su aparato guerrero, él les dice: «Mi profesión no me permite vivir de otro modo. Los dulces pasatiempos, la buena carne, la holganza son para los cortesanos; los trabajos, las penas, la fatiga de las armas son para los Caballeros Andantes».

Tiene la modestia del verdadero valor: si acaso responde a Sancho, ante los crueles yangüeses «cuento por veinte», no exalta sus méritos.

Tampoco evita el peligro, al igual del buen sentido que da vueltas, entre sus dedos, a un rosario de prudentes proverbios. Ama el peligro y lo provoca.

Permanece solo en su orgullo exquisito que no conoce concesión, ni compromiso. Vencido, reconoce, con triste y encantadora sinceridad, su debilidad y su error.

Sólo lo comprenden el pueblo, los enamorados y los grandes de la tierra. Su vasto saber unido a su conducta marrullera, confunden al pueblo. Los enamorados reconocen en el amante platónico de Dulcinea, al hermano en ideales, y a los hidalgos seduce su clara inteligencia embellecida con los atributos de la ciencia y de la poesía. Es poseedor de esa caballerosidad que es el perfume de una alma pura. Cuando ríe, mostrando sus dientes amarillos ¿quién puede resistir su alegría de niño?

Sus enemigos son la tontería de los moralistas, de los curas, de los pedantes y de los supersticiosos. La tontería instruída acierta a darle porrazos más dolorosos que los venablos del rústico. Los insultos hacen bilioso al Caballero Andante, así como la eterna injusticia de aquellos contra los cuales partió en guerra.

Solo su serena paciencia puede discutir con su escudero y perdonarle su glotonería, su abandono, su pereza, todos sus graves vicios; porque Sancho es bueno, candoroso y honrado a pesar de sus resabios; pues el buen sentido comete las mismas locuras que la poesía, no obstante las lecciones que recibe de la experiencia.

El apóstol y el artista siguen su ideal. Ahí donde los primeros divisan la gloria, el buen sentido adivina un beneficio. Al igual de Sancho, o de las honradas fisonomías de Teresa y de Sanchica, así halaga al úl-

timo de los políticos el incentivo de un gobierno.

El espejismo de una Insula lejana engaña siempre al sentido práctico. ¡Siempre que, como del efímero y turbulento gobierno de Sancho, salgan las manos limpias!

Es el eterno combate del espíritu contra la materia.

El Caballero de la Triste figura está aún por sobre la idea de venganza. Ignora el rencor personal. No sospecha maldad en aquellos que le golpean: la atribuye a los hechiceros. Culpa más bien a los poderes sobrenaturales que a la maldad de los hombres. Un forzado es sagrado a sus ojos, porque un forzado es un hombre, y un hombre que sufre.

No existe amargura en su optimismo triunfante: comparad a su ingenua provocación, la áspera burla de otro reformador de la triste figura, otro solitario de la vida peligrosa: Zarathustra, quien dice: «Sed severos». El Caballero de la Mancha no es severo más que consigo mismo. Para él son el accidente, la herida, el duelo y el combate. Es la viviente provocación al estéril egoísmo. Es la libertad misma.

Nada ni nadie lo detiene.

Languidece en la holganza, el lujo se le hace prisión. Desprecia todo aquello que lo limita y lo encadena. Ha elegido su ideal y permanece fiel a él.

Pronuncia a propósito de la libertad y de la justicia las más delicadas y sensatas palabras, porque su pensamiento obedece a los dictados de su corazón.

Sus discursos están impregnados de dulzura evangélica, tanto que Sancho se ve impelido a considerarle como un santo, si no fuera que la humildad de Don Quijote rechaza comparación tan peligrosa.

El mundo lo tilda de loco. Como tal actúa, y las más locas aventuras, los desprecios más temerarios se siguen como en una pesadilla, de la cual despierta sonriente.

Las gentes sensatas discuten su caso; cruelmente y en su misma presencia. Los alienistas se esfuerzan por señalarle un puesto dentro de sus clasificaciones. ¡Vano empeño!

Su locura escapa a toda investigación: es que no cabe en el cuadro estrecho de su tiempo y de su lugar. Tema perpetuo de admiración y de discusión hace un milagro: crea la vida. Por donde pasa las imaginaciones se exaltan, la hostería se torna castillo, los penitentes, cómicos, los duques organizan espectáculos. El entierro se torna mascarada.

Todo es baile para esta ánima en penas que con su armadura de cintas verdes viene a libertar el Santo Sepulcro caído en manos de los satisfechos.

Todo es fiesta, y batalla y pastoral, y Don Quijote, creyéndose encantado, es el encantador.

La fe en el romance transforma la vida cuotidiana en uno de los más agradables y de los menos perniciosos. Libro único en el cual las más respetables virtudes parecen ser objeto de irrisión ahí donde por el contrario se les rinde culto; libro profundo como el cielo en su diafanidad! La carcajada es en él el epílogo del espíritu cristiano de sacrificio y de la clásica ambición de gloria. Pero esa carcajada sin amalgama, tiene el timbre del oro más puro. Aún la risotada de Sancho no suena mal, como sí suena mal la de Panurgo, la de Sganarella, la de Cándido, o la de Fígaro.

Don Quijote no desprecia al hombre. Se lo impide su romántico misticismo.

De España es, tierra del Cid, de Don Juan, de Sta. Teresa, de todos los grandes apasionados, todos ellos caballeros de una nobleza sin par, que agitan en la acción el oriflama de un ideal.

España vive en Don Quijote, como éste vive en ella: glorificándola.

Inseparable compañero cuya historia regocija al hombre con los detalles de su azarosa existencia, y lo cautiva con los rebotes prodigiosos de su espírtiu entre cimas y llanuras.

Cervantes lo ha dicho:

En estos tiempos de degeneración el recuerdo de ese pasado venturoso nos regocija aún. ¿Quién no ha llorado su muerte como se llora la muerte de un amigo?

RENÉ MORAX [1]

Traducción y envío del Dr. ALEJANDRO MONTERO.

Bibliografía titular

Los libros recibidos en la semana

Sociología

J. MERLE DAVIS.—*The Institute of Pacific Relations.* New York, 1926; pp. 56. *(Donación de la International Conciliation).*

Poesía

JOSÉ EUSTASIO RIVERA.—*Tierra de Promisión.* Cuarta edición. Editorial Minerva. Bogotá, 1925; pp. 124. *(Donación del Autor).*

Novela

JOSÉ EUSTASIO RIVERA. *La vorágine.* Segunda edición. Editorial Minerva. Bogotá; pp. 320. *(Donación del Autor).*

Obras en serie

Donación de don Germán Arciniegas, Director de las excelentes y recomendables EDICIONES COLOMBIA:

ROBERTO BOTERO SALDARRIAGA.—*En las tierras del oro.* Tradiciones y Cuentos de Antioquia. Bogotá, 1926, pp. 154.

TOMÁS CARRASQUILLA. —*Ligia Cruz. Rogelio.* Dos novelas cortas. Bogotá, 1926; pp. 166.

ENRIQUE RESTREPO..—*El tonel de Diógenes.* (Manual del cínico perfecto). Bogotá, 1925; pp. 156.

TOMÁS RUEDA VARGAS—*Pasando el rato.* Bogotá, 1925; pp. 156.

Varios.—*El libro del veraneo.* Cuadros de costumbres, Cuentos, Crónicas. Bogotá, 1925; pp. 154.

Varios.—*El almanaque.* Bogotá, 1926; pp. 240.

Conferencias

PEDRO MARTÍNEZ INCLÁN.—*Discurso* de ingreso como miembro de número de la Sección de Arquitectura. *Discurso* de contestación por el señor Mario Guiral Moreno. La Habana, 1926; pp. 44. *(Donación de la Academia Nacional de Artes y Letras).*

Historia

El Barón Alleye de Cyprey y el Baño de las Delicias, colección de documentos precedida de una introducción por Antonio de la Peña y Reyes. Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Núm. 18. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1926; pp. 90. *(Donación de la S. de R. E.)*

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

1. Crítico de arte, suizo.

La deuda

Por
JUANA DE IBARBOUROU



De un lado la huerta, de la que llegaba el crepitar de las chalas que envolvían las mazorcas ya maduras, resecas por todo un día de sol ígneo: del otro el monte inmóvil y fresco, apretando al río entre la red de los árboles que no plantó nadie, y lejos las primeras luces amarillas del pueblo acurrucado contra la serranía. Cuando, en aquel inventario que hacía mi angustia, a ratos me daba vuelta hacia el Este, veía a mi madre en el rectángulo de la ventana abierta, repasando con lentitud la ropa de la familia y de la casa que pronto tendríamos que abandonar. Es una hora que no olvidaré nunca. Se preparaba la tormenta que quizá llegaría antes de cerrar la noche, y la cadena de cerros distantes encapuchábase de nubes oscuras, cargadas de relámpagos. Abrí la portera del guardapatio y a campo traviesa subí hasta la colina. Una brisa, que ya tenía ligero olor a lluvia, me dió en la cara quemada de lágrimas. Y todos los ruidos del campo en una tardecita de tormenta me cercaron de pronto con su enloquecida algarabía. Chirriaban las ramas un solo angustioso y monótono; los chajás cortaban el aire con gritos estridentes y alguno que otro cloqueo de gallinetas salvajes se destacaba del coro uniforme que subía de los pajonales tendidos en el codo cenagoso del río. Miré nuevamente hacia la casa y al ver a mi madre más inclinada aún sobre la costura, para aprovechar la última luz, una ternura desgarrada me llenó otra vez los ojos de lágrimas. Nos iríamos, sabe Dios dónde, dentro de pocos días. El mal hermano había malbaratado el mermado patrimonio que las prodigalidades caudillescas de mi padre menguaran tanto, y no nos quedaba otra esperanza que el trabajo oscuro y brutal en quién sabe qué rincón del mundo. En siete días más vencería, sin remedio, la infame hipoteca, y la viejecita y la muchacha tomarían para siempre algún desconocido camino de la tierra.

¡Señor que das la luz y das la sombra: cuánta amargura me hiciste beber en aquella hora!

* *

El estribillo que durante todo el día me había estado martillando entre la cabeza, haciéndome ya doler las sienes como con golpes reales, volvió a rodar en mi cerebro, más vivo después de la pequeña tregua:

—Cinco mil pesos... Cinco mil... Cinco mil...

¿Pero de dónde había de sacar yo, pobre criatura que ni joyas tenía, aquella suma enorme? Nada que poder comprometer nos quedaba ya. El campo habíase vaciado de sus majadas y sus vacunos, parte del hermoso monte estaba talado ya, y la única salvación, la única, ¡la única, Dios de mi madre!, era bajar la cabeza ante la fatalidad y aceptar por marido aquel horrendo viejo que había hecho con Julián el infame negocio de la hipoteca insalvable. Me sentía como enloquecer de a ratos. ¡Tener nada más que diez y ocho años y resignarse a vivir entre cuatro paredes ruinosas, con un marido tan ruinoso como ellas, de una avaricia y un fulgor en los ojos seniles que daban miedo!... ¡Ah, eso no, Dios mío! Entre los truenos de la tormenta, ya casi sobre nuestro campo, bajo la sombra creciente y el viento que me sacudía como un arbusto más, surgido de pronto sobre el lomo suave de la colina, me sorprendí gritando con la cara hundida entre las manos, ahuecadas en una crispadura desesperada:

—Nos iremos a Montevideo, mamita. Yo trabajaré, mamita. ¡Pero el viejo no, el viejo no, por la Virgen Santísima!

Fue una hora trágica, de veras. No creo haber sufrido tanto nunca, ni siquiera cuando besé por última vez la faz rígida de mi padre, que me dejó en los labios, por muchos días, una atroz sensación de piedra amarilla y helada.

* *

La voz de mi madre, inquieta, me llegaba en medio de los truenos crecientes y del viento del nordeste, ya cargado de goterones de lluvia:

—¡María Isabel, Isabelita, Isabelita!

Pero el estribillo me enloquecía y me ensordecía: cinco mil pesos... cinco mil pesos... cinco mil pesos...

Tendí los brazos al cielo. Mas no sé por qué los moví luego en forma de círculo en torno mío (el círculo mágico, el signo de las cábalas, he pensado muchas veces luego) y grité casi sin darme cuenta de lo que hacía, como en una subasta espantosa:

—¡Veinte años de mi vida, los mejores, los que han de ser más dichosos, por cinco mil pesos, cinco mil pesos!

Ilusión, desesperación, ficción de un cerebro que tal vez mordió un minuto la locura, ¡quién sabe qué! Yo sentí, lo juro, que una voz gruesa, voz de hombre adulto, dijo a mi espalda:

—¡Aceptado!

Me volví, fría de horror. El llamado de mi madre me llegó otra vez ligeramente irritado y ya imperioso:

—¡María Isabel, vuelve en seguida!

Y bajé corriendo la colina, crucé el patio, cuyos paraísos de menudas flores moradas sacudía furiosamente el pesado viento del Brasil, y entré en la primera puerta que encontré abierta, la del comedor todavía sin luz, con la sensación de que todos mis cabellos se me erguían sobre el casco helado, como si cada hebra hubiese adquirido de pronto una vitalidad independiente, tensa y vibrante. Cuando me miré luego en el espejo del gran armario de luna del cuarto de mi madre, en el cual ella recién había encendido la lámpara, mi cara era tan blanca y tan extraña que después siempre he tenido miedo de recordarla.

* *

Habíamos concluído de cenar. La negra sirvienta levantaba la mesa y Titán, el perro, roía un hueso en un extremo del comedor silencioso. Todo estaba cerrado ya y sólo se sentía la conversación lenta de los dos únicos peones, que tomaban mate en la cocina. Mamá, que habíase puesto a hacer crochet, dijo suspirando:

—Julián no viene esta noche.

Yo callé obstinada, porque hacía ya mucho que sentía por mi hermano un rencor que llenaba mi corazón de una cólera sin tregua contra él. Aquel hermoso muchacho, tan mimado de mi madre, era la causa de toda nuestra desgracia, del porvenir oscuro y de la miseria en que íbamos a sumirnos irremediablemente. Si nos hubiésemos arruinado por fatalidad, por mala suerte, pase. Yo sería la primera en compadecer y consolar, en aceptar valerosamente todos los sacrificios. Pero no; eran dispendios de jugador y mujeriego, criminal aprovechamiento de la amorosa blandura materna, lo que nos había llevado a aquel extremo. Y luego la horrible, la odiosa insinuación, con un acento de falsa dulzura que yo no le había oído nunca:

—Si tú quisieras, hermanita, podríamos salvarnos... Todo está en que consientas casarte con el viejo Chico Bentos... Es rico como un pachá, el muy animal.

¡Ah, sin embargo, cómo después uno todo lo perdona y olvida!

* *

Los perros ladraron, pero sin furia. Cortó el silencio un agudo silbido familiar y la voz conocida gritó desde afuera del gran portón que cerraba el patio de muros encalados, como si fuera la poterna de una muralla:

—¡Pancho, Cuico, abran, que soy yo!

Mamá dijo simplemente:

—Lucila, anda a calentar la sopa, que ya viene el niño.

Y se puso a esperar, con las manos abandonadas sobre la mesa. Yo incliné más la cara hacia el libro y a medida que se acercaba el ruido de pasos, a los que correspondía el rítmico arrastre de las espuelas de plata en los ladrillos del corredor, una nerviosidad inconcebible y absurda me aflojaba los brazos que temblaban sosteniendo mi cabeza obstinadamente baja. Mi hermano entró y dijo secamente:

—¡Buenas!

Yo permanecí callada, pero mamá contestó con la dulzura que tenía siempre para el predilecto:

—Buenas noches, hijo. Estás mojado, anda

a cambiarte de ropa. Lucila te traerá ya la cena.

El contestó con una voz tan rara que me hizo mirarlo sorprendida:

—No quiero comer.

Su cara quedaba en la penumbra, pues la pantalla de porcelana blanca de la lámpara limitaba hasta la mitad de su cuerpo el círculo de luz viva. Tenía el sombrero sobre la nuca, cosa rara, pues siempre se lo quitaba delante de mamá. Estaba sombrío y hermoso con el ceño contraído y los negros ojos fijos en el respaldo de la silla de paja en que se apoyaba. Como había empezado a llover, el poncho de vicuña, a listas desiguales en blanco y marrón claro, tenía una ligera humedad. Sobre la rala felpa de la lana, gotitas absolutamente minúsculas imitaban una mostacilla luminosa. (¿Por qué recuerdo esta noche hasta esos detalles menudos?) Mamá preguntó con inquietud:

—¿Qué tienes, m'hijo?

Y él contestó con una voz un poco enronquecida, a tiempo que con un movimiento lento levantaba el poncho del lado derecho y ponía sobre la mesa un paquete envuelto en grueso papel azul, que extrajo del bolsillo de su bombacha de campo:

—La situación está salvada. Aquí traigo los cinco mil pesos para Chico Bentos.

Yo dí un salto y me puse de pie temblando, mientras me gritaba a mí misma dentro de mí:

—¡El pacto! ¡El pacto!

El me miró con aire rencoroso, y, dirigiéndose a mi madre, que había plegado las manos y con los ojos llenos de lágrimas murmuraba incoherentes palabras de gozo, de rezo y de pregunta, dijo de nuevo:

—Me los prestó Andrés Hidalgo, que está todo *enamoriscado* de ésta. He de pagárselos cinchándole como un burro en su fábrica, por seis o siete años, cuando menos. Pero ustedes tendrán estancia y la señorita no agachará el lomo para trabajar, como temía.

Su voz temblaba y era cortante, casi agresiva.

Estoy convencida de que en aquel momento me odiaba por no haber consentido en darme al usurero y él saldar así su deuda de modo más cómodo.

La pobre mamá se abatió sobre la mesa sollozando:

—¡Hijos, hijos, hijos!

Y yo sentí como si todo un brazo del río me bajara, helado, zigzagueando por la médula.

* *

No hay angustia ni derrota que el tiempo no borre o atenúe. Por otra parte, el trabajo ha regenerado a mi hermano y la paz volvió a nuestro corazón. Me casé y soy feliz, feliz, feliz. ¡Tan feliz que tengo un terror inmenso recordando, ahora que va a nacer mi hijo, el pacto tremendo! ¿Tendré que pagar irremediablemente esa deuda maldita? ¿Por qué la recuerdo esta noche con tan extraña persistencia? ¿Moriré veinte años antes de lo que debiera, en plena dicha, para saldar con el acreedor misterioso de aquella noche fantástica el pacto que *él*, por su parte, cumplió en seguida religiosamente? ¿No veré a mi hijo, no le daré mi leche, no vigilaré su sueño y sus pasos, ni podré decirle nunca al hombre que me ha dado el amor y la paz:—A cambio de todo el bien que te debo, yo te doy este niño que es de los dos. ¿Son de muerte estos dolores fulgurantes que empiezan a surcar mi vientre y me hacen doblar contra la mesa donde escribo? ¡Quién sabe si la luz de mañana caerá sobre los ojos sonrientes o para siempre cerrados, de la mujer que traza estas palabras, en una hora que presiento suprema, de perdón celeste o cobro implacable!

(*La Nación*, Buenos Aires).

Motivo oriental

La espera

Como su aroma místico en la tienda
esparce el pebetero,
se llenan mis silencios de ternura
con tu dulce recuerdo...

Como el fulgor lejano de los astros
ilumina los cielos,
alumbran en mis noches de nostalgia
tus grandes ojos bellos...

Cual pasan en crepúsculos dorados
lentos los camellos,
desfilan a la sombra de tu imagen
las horas de mis sueños...

Como se anhela el amparo de las palmas
en medio del desierto,
así la hora feliz de tu retorno
pacientemente espero...

Espero... Te esperaré aunque sea
el esperarte eterno!
¿Qué es la eternidad, si para mi alma
la forma tu recuerdo?...

RUBÉN YGLESIAS

Nueva York, 1926.

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado Letra X
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

La pampa argentina

¡Esta es, por fin, la Argentina! Después del valle de Uspallata, solemne y fantástico, de montañas aleonadas que me prolongan durante mucho tiempo la visión de Chile, viene la pampa.

Para un ser criado entre montañas, con la voz enredada entre montañas, con el ojo acostumbrado a saltar de montaña a montaña, la pampa no puede ser hermosa. El ojo pampero, por su parte, debe sentir la misma desorientación cuando pasa al otro lado de los Andes. Por bravos que nuestros cerros sean, dan no sé qué amparo, no sé qué gran presencia que rige y acompaña. El peón que riega nuestro maizal y el ingeniero que traza un camino por el llano central y los niños que juegan debajo del sauce, abuelo del paisaje, están igualmente regidos por la montaña. El ojo en la pampa no tiene dónde fijarse y la mirada se distrae y se hace vagabunda y laxa. Después de unos momentos, ya no miramos la pampa verdadera, sino la otra que se nos ha hecho en el espíritu. No se diga que el espectáculo se parece al marino. El mar, que es el *gran vivo*, no deja que se le mire laxamente; alguno lo llamó el *pavo real;* y tiene, en verdad, lo insistente de la vanidad...

Pero esta pampa, cuya belleza es de menos quilates que la de la montaña y el mar, fué hecha para substentar pueblos. Por algún tiempo la desdeñaron, y me cuenta un argentino que Sarmiento hablaba con pena de las horribles distancias que creaba esa *cosa inútil*. Hoy no la cambiarían los argentinos por las minas de diamantes de Sud Africa, ni por uno de esos campos de petróleo, de chorros tornadizos. Acaso forma la pampa argentina la porción en que la Tierra aparece más hecha conforme la necesidad humana. Parece que la voluntad del hombre y no el ímpetu insensato de la Naturaleza hubiese labrado esta extensión que fatiga caballo, guanaco o gamo. Hay regiones tan grandes como ella—y hasta más ricas, la llanura del Amazonas—pero no tienen el ofrecimiento fácil de ésta, su entrega sencilla. Por suave y por vasta, llamémosla, mejor que mar, una atmósfera verde. El niño que hubiera nacido en ella y no la hubiese abandonado, pensaría fácilmente que la pampa rodea el planeta como una atmósfera y que fuera de ella no hay nada.

Pasan maizales; pasan marismas, rodeadas de tierra perdida; pasa el herbazal alto; pasan los grupos de árboles de las estancias. La pampa ha vaciado a Europa y podría vaciar al Asia.

Si los rasgos físicos del país le dan la tónica moral, la Argentina existió, desde todos los tiempos, para *generosa*. Era su destino geográfico, una especie de imperativo de la llanura. Y entre misiones de pueblos—misión heroica, misión dominadora, misión civilizadora—ésta de acoger la exuberancia desgraciada de los otros continentes, es tan noble como la civilizadora. Porque recibir masas humanas significa, además, organizarlas, y como son masas de gente blanca, significa, luego, darles ambiente digno de lo suyo.

Yo me acuerdo, mientras el tren atraviesa la pampa, del *Canto a la Argentina,* de nuestro Rubén, vidente en todas las cosas máximas de la América. El *Canto* se desarrolla con la anchura y la libertad soberana de la pampa; tiene el júbilo de este río verde y exhala entero la confianza que da el tesoro eterno. A través de todo el *Canto* se siente la presencia de esta advocación: *¡generosa, generosísima!* El sabía, hace cuarenta años, que Europa iría viviendo cada vez más, no digamos ya de América, de la Argentina; lo mismo que sabía que el cuello del cisne americano, del cisne del río colombiano y del lago de la Patagonia—traza contra el horizonte la gran interrogación de nuestra libertad. («¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»).

Los dos vaticinios de Rubén se me unen mientras mis ojos miden y miden hierba: para mostrar a los Estados Unidos una fuerza donde serán detenidos, la América no tiene sino el país de la pampa, poblado de hombre blanco.

Dos únicos caminos para cualquier patria del Pacífico o del Atlántico: poblar, organizando las masas extrañas, y organizar para salvarse del norte.

GABRIELA MISTRAL

Enero, 1926.

La flauta

Esta caña
que he encontrado en el campo
me la llevo a mi casa,
ha de servir para algo.
En los tiempos heroicos
de mis antepasados,
una caña como ésta
solamente servía para hacer una lanza.
Pero yo ¿para qué quiero lanzas
no siendo hombre de guerra?
Yo con ella me voy a hacer una pícana,
y si sobra un pedazo...
y si sobra un pedazo, he de hacerme una flauta.

FERNÁN SILVA VALDÉS

Uruguay.

El prisionero

Por el mes era de mayo
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria,
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo triste, cuitado
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor:
matómela un ballestero;
déle Dios mal galardón.

ANÓNIMO

(Español).

La Tzehua

Caminaba del pueblo de Desamparados, en la República de Costa Rica, a mi pequeña estancia que distaba apenas dos kilómetros del lugar. Me acompañaba un hombre del campo, alma ingenua y sana que había logrado conservar, con tóda su pureza, su nativa sencillez. Yo que amo esas almas, vírgenes de artificio, y me complazco en penetrar en ellas, escuchaba atento su conversación, y sólo de cuando en cuando le interrumpía para hacerle una pregunta que era algo como un buceo. Ni un aletear de viento movía los árboles, nadie transitaba por el camino, reinaba un silencio majestuoso en la plenitud de una noche soberbiamente constelada. Apenas si venía a turbar esa calma solemne, como un crugir de raso, el murmureo apagado de un riachuelo linfático que discurría, lamiendo piedras, en el fondo de un próximo barranco.

De pronto oímos el golpe acompasado de un caballo que trota bien, opacado el golpear de sus cascos por el piso de tierra.

—Alguien viene—dije a mi compañero.

Puso alerta el experto oído de hombre de campo y con la seguridad del que está convencido de lo que afirma, contestó:

—No viene por este camino: va por el otro de más arriba.

No había acabado de pronunciar esta frase, cuando se apagó el ruido de las pisadas, como si el jinete se hubiera detenido de pronto. Unos momentos después debió seguir la marcha, pero en lugar del rítmico golpear del trote se dejó oír el repiquetear desatentado de un galope tendido. Con voz ahuecada que parecía envolver un supersticioso respeto, el campesino murmuró:

—Ese caminante se ha encontrado con la *Tzehua*. Pero no tenga miedo, patrón: a nosotros no nos sale: somos dos y para ajuste caminamos a pie.

—¿La *Tzehua*?—prorrumpí con extrañeza —¿Qué animal es ése?

Me pareció que una sonrisa había retozado en los labios de aquel buen hombre, que repuso, como si no se animara a creer en mi ignorancia:

—¡Pero, señor, cómo es posible que usted que lee tanto no sepa lo que es la *Tzehua!* Es el mismísimo demonio, y Dios lo guarde de encontrarse con ella.

—Te aseguro que no lo sé: explícamelo.

Estábamos ya muy cerca de la estancia y seguía oyéndose el vertiginoso correr del caballo: los perros que nos habían olfateado ladraban, no en son de alarma sino de gusto; la noche era fresca, las estrellas regaban siempre su oro pálido sobre el vasto paisaje, y el riachuelo linfático proseguía en su crujir de raso. El ambiente todo parecía convidar a las consejas y relatos misteriosos. Comenzamos a caminar más despacio, y el rústico, con un sabor de poesía que sólo da la credulidad en las imaginaciones en bruto, se expresó así:

—No hay uno solo de los que han visto a la *Tzehua* que se haya quedado como era antes. Hombres fuertes, sanos, colorados, que nunca se afligieron por el trabajo, después que se les apareció, resultaron amarillos, y flacos, y flojos. Algunos también se murieron del puro susto,—y citó a varios de los que habían perdido la vida a causa de la terrible aparición.

—No es fácil verla—prosiguió diciendo—en todas partes. Son ciertos lugares los que le cuadran. Por aquí anda siempre y por eso, fíjese que es raro ver un caminante a caballo solo. Casi siempre van dos juntos.

—¿No es posible que la vean dos?,—le interrumpí.

—Cuando uno va solito, es que se asoma—repuso hilvanando de nuevo su relato, con la satisfacción del que sabe que es escuchado con vivo interés.—En algún sitio lejos de poblado, sobre todo si hay arboleda y el camino es estrecho, es cuando le gusta sorprender a los viajeros. En medio del camino se presenta y con una voz muy dulce y muy débil, como si se estuviera muriendo, dice:

«Señor, estoy muy cansada y tengo que ir a ver a mi madre que está enferma; ¿me quiere llevar al pueblo de...», y dice el nombre del pueblo que está más cerca, porque, como es el mismo enemigo, todo lo sabe.

—¿Entonces, es una persona, o tiene el aspecto de persona?—me atreví a interrumpirle nuevamente.

—Es una joven muy linda. Blanca, con los ojos negros y grandes, el pelo rizado y la boca preciosa. Todos lo que la miran así se encantan de ella y sobre todo les da lástima porque se le ve el cansancio en la cara y se le siente en la voz.

Un céfiro tímido comenzó a juguetear en aquel momento, estremeciéndose las hojas con un temblor suave, como si un ser misterioso e invisible se adelantara, abriéndose paso entre las ramas tupidas. La naturaleza ayudaba al narrador.

—Ni los más cerrados se resisten a su ruego, y todos caen en su lazo. Hay quienes le ofrecen la delantera de la montura y otros que prefieren llevarla a la grupa. Para ella es lo mismo. Cuando comienzan a caminar, si va adelante vuelve la cara, si va atrás hace que el jinete la vuelva. Aquí lo espantoso. Aquella mujer hermosa, ya no es ella. Tiene la cara como la calavera de un caballo; los ojos lanzan fuego, enseña con amenaza los dientes pelados y muy grandes, tiene la boca abierta y arroja un vaho por aliento que huele a podrido. Al mismo tiempo sus brazos como fierro se agarran del jinete. El mismo caballo, que parece que se da cuenta de lo que lleva encima, arranca a correr como loco sin que ninguno lo pueda contener.

—¿Y qué pasa después?

—Los que al hacer montar a la joven hermosa han tenido malas intenciones, esos mueren todos, y se les encuentra tendidos con los ojos abiertos y saltados; los otros, ya se lo dije, para toda su vida quedan sin servir para nada.

Llegábamos al portón de la estancia y los perros ladraban más fuerte. Yo entre tanto me internaba en una profunda meditación. ¿No tiene una enseñanza muy saludable esta fantasía? ¿Quién en el camino de la vida no se ha encontrado a la *Tzehua?* ¿Quién no ha sentido la seducción de la belleza con todos sus hechizos físicos, y nada más? ¿Quién no se ha rendido a la piedad mal entendida? ¿Quién en un momento no tomó el similor por oro? Y... después, la debilidad en el cuerpo o en el alma, la muerte acaso.

¡La *Tzehua*, grande o pequeña, con huellas de arañazo o surco de arado, todos la hemos encontrado en nuestro camino!

M. Soto Hall

En Buenos Aires. 1926.



Tablero

—1926—

Una Biblioteca Hispanoamericana

Federación Universitaria
Hispanoameicana
Madrid
Calle de la Magdalena
12

Madrid, Febrero de 1926.

Sr. Director de Repertorio Americano.

Muy Sr. mío:

Con la presente, la Federación Universitaria Hispanoamericana tiene el honor de enviarle a Ud. los dos primeros números de su revista *Patria Grande,* y el suscrito aprovecha esta oportunidad para manifestarle que:

Siendo uno de los fines de esta Federación el formar aquí, en Madrid, una Biblioteca Hispanoamericana, en la cual puedan nuestros hermanos, de allende y aquende el Océano, informarse en fuentes originales de la múltiple vida de nuestros pueblos; y no siendo factible la realización de este fin si en él no cooperan todos y cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, suplico a Ud. nos preste su valiosa contribución, en lo que le sea posible, y especialmente haciendo un llamamiento, por medio del órgano de su digna dirección, a sus colegas de la prensa, escritores, publicistas, asociaciones y federaciones, para que nos envíen sus libros, sus revistas, sus publicaciones, folletos, boletines, etc; y crea Ud. señor director, que por tan inestimable ayuda, la Federación Universitaria Hispanoamericana le quedará gratamente reconocida, y en especial su muy afmo. y S. S. q. l. b. l. m.

J. E. Suárez i García
Bibliotecario.

Próximo Convivio: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica